

CINCO VIÑETAS

Eugenia HUERTA

1. *Escritor*

En 1977 me fue encomendado por don Arnaldo Orfila Reynal, director de Siglo XXI, el cuidado de la edición de *El presidencialismo en México*, de Jorge Carpizo.

Don Arnaldo, con su excepcional ojo de editor, había decidido la publicación de un libro que se convertiría con el paso del tiempo en texto fundamental para todos los interesados en la política mexicana. No solo los abogados o politólogos, sino lectores en general pudieron tener acceso a una obra que les proporcionó la mejor y docta, en el más amplio sentido de la palabra, información sobre un tema que a todos los mexicanos nos ha afectado y sigue haciéndolo.

El trabajo editorial con Jorge, cuando él era ya coordinador de Humanidades de la Universidad, fue de lo más enriquecedor: cada duda que le planteaba era resuelta con bonhomía y buen humor. A la revisión del texto “corregido” por mí le dedicó todo el tiempo del mundo, algo que los editores noveles agradecen siempre, y de esas reuniones de trabajo surgió una amistad que perduraría hasta su muerte.

2. *Amigo*

Poco tiempo después fue designado rector de la Universidad, ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, presidente de la Comisión Nacional de Derechos Humanos, procurador general de la República, secretario de Gobernación, embajador en Francia, y su actitud con los amigos no se modificó absolutamente en nada; se puede decir que incluso se hizo más solidaria.

Los amigos del Fideicomiso del Fondo de Apoyo para la Paz en Nicaragua y los de La Peña fuimos invitados frecuentes a comer en La Cava o en

su casa. También, en una ocasión, a desayunar en la PGR, de donde tuvo que retirarse antes de terminar, y se despidió diciéndonos “Se quedan en su casa”, a lo que casi a coro los presentes respondimos “No, gracias”.

3. *Anfitrión*

Siempre con delicadeza, cuando se proponía organizar alguna reunión con los amigos, me pedía que le ayudara a elaborar la lista de invitados, o de plano que yo le sugiriera a quiénes convocar, cuidando con esmero que entre ellos hubiera relaciones cordiales, por lo que las comidas o cenas resultaban muy agradables, además de muy fructíferas para nosotros, porque oírlo comentar los temas de actualidad era un verdadero privilegio.

Nos encontramos luego en Madrid, donde pasó un año sabático, y una vez más fuimos recibidos con cariño y con platillos espectaculares. Ahí pudimos comprobar su enorme pasión por los viajes, por la fotografía y por su familia: durante varias horas nos dedicamos a ver los álbumes que con gran cuidado había reunido con los recuerdos de muchas partes del mundo. Por supuesto, cada página era acompañada de sus anécdotas y detalles.

Un día me llamó para invitarme a una cena: quería compartir con los amigos una enorme botella de un extraordinario vino francés que le había regalado el presidente Carlos Salinas de Gortari. Nos contó que la había aceptado con la condición de que el presidente fuera su casa a degustarla en una cena con algunos amigos, a lo que Salinas accedió. Fue una reunión memorable, no solo por la calidad del vino, sino por la fraternidad que Jorge mostró con todos los invitados.

4. *Generoso*

Tuve el privilegio de que Jorge me pidiera apoyo para preparar la edición del libro de recetas de su mamá: *Las mejores recetas de Luz María Carpizo*, que con gran amor y dedicación estaba recopilando Mari Quiterio, ángel guardián de doña Luz María y de Jorge durante muchos años. Siempre le agradecí la deferencia porque me permitió, entre otras cosas, conocer a esa mujer maravillosa durante nuestras sesiones semanales de trabajo y a quien hoy considero una amiga. Él escribió el prólogo del libro y ahí cuenta, creo que por única vez, algunos recuerdos de su infancia y su familia, y le dedica a Mari los más hermosos elogios.

5. *Laico*

Los rasgos más admirables de su personalidad eran su integridad a toda prueba, su valentía y su siempre apasionada defensa del laicismo, de la necesarísima separación de la Iglesia y del Estado, lo mismo cuando se presentaron unos famosos narcotraficantes en la sede de la nunciatura apostólica de la ciudad de México, que cuando el infortunado asesinato del arzobispo de Guadalajara y la posterior polémica que sostuvo con su sucesor; de igual manera, cuando le avisaron que se realizarían las primeras conversaciones entre el EZLN y representantes del gobierno al pie del retablo mayor de la catedral de San Cristóbal de las Casas, de inmediato dio instrucciones de que por lo menos se cubriera el altar de arriba abajo. Anécdotas parecidas debe haber muchísimas durante su larga travesía como funcionario público y cada uno de sus amigos y colaboradores tendrá las suyas, pero nada es más importante que las reflexiones que dejó plasmadas en sus libros y con las que todos nos hemos enriquecido. Sus amigos lo extrañaremos siempre y al país le hará, le hace ya, mucha falta.